Unidad en la diversidad

**UNIDAD EN EL PLURALISMO**

**Hacer vivir y crecer lo esencial de las comunidades Eas**

**Introducción**

Cuando estaba preparando estas reflexiones me llegó un correo electrónico de Olga y Miguel con este mensaje: 9 niños con deficiencias mentales se deciden a participar en una carrera de 100 metros llanos durante las Olimpiadas de Seattle. Todos salen corriendo pero uno de ellos se cae; otro, que tenía síndrome de Dawn, se le acerca y le da un beso. Todos los demás se paran y le ayudan a levantarse. Y los nueve siguen corriendo juntos y con las manos unidas. El estadio explota en un aplauso interminable. Los nueve llegan juntos a la meta. La moraleja es clara: lo que importa en esta vida es más que ser un ganador solitario; lo que impota de veras es ayudar a los demás a triunfar, aunque sea disminuyendo el ritmo.

Nuestra reflexión tiene dos aspiraciones: la primera es profundizar en lo esencial de nuestras comunidades comprometidas Eas, para hacerlo vivir y crecer y la segunda reforzar los vínculos de unidad entre nosotros en vistas a un crecimiento mayor de nuestras comunidades, crecimiento cuantitativo y, sobre todo, cualitativo.

Durante los últimos años he colaborado en la promoción de comunidades nuevas en diversos países y me ha impresionado la heroicidad de las parejas a quienes he acompañado. Me parece que es una actividad importantísima, pero estoy convencido de que la mejor promoción es la calidad de nuestras comunidades actuales. En un ambiente de competencia, como es el nuestro, se busca sobre todo la calidad del producto para que entre más fácilmente en el mercado. La Iglesia y los Eas debemos hacer lo mismo; el producto debe tener calidad para que se venda mejor. Unidad, solidaridad y coherencia con nuestro proyecto de vida son realidades imprescindibles para lograr una mayor calidad y un mayor crecimiento.

Hay una frase de San Agustín de Hipona (siglo 5), que, llevada hasta sus últimas consecuencias, puede resumir bien nuestro ideal: “En lo esencial unidad, en lo no esencial libertad, en todas las cosas caridad”.

**1º. Algunas constataciones**

1. **El pluralismo en la Iglesia**

L a primera realidad que debemos aceptar con alegría es el pluralismo y la diversidad en nuestra manera de ser Iglesia y en nuestra manera de ser Eas. El pluralismo es necesario, al menos por dos razones: por la diversidad de situaciones culturales en el mundo y por los diferentes niveles de conciencia de los pueblos. No es la misma la situación cultural en América que en Africa o Europa. Y no todos los pueblos tienen los mismos niveles de conciencia: no todos tienen la misma cultura ni la misma historia. Esto crea diferencias enriquecedoras y verdaderos desafíos, que no pueden resolverse repitiendo la misma predicación y las mismas propuestas morales del siglo pasado. Ya hace años Pablo VI decía claramente que ante situaciones tan diversas, era difícil pronunciar una palabra única, o proponer una solución con valor universal. Y añadía:

“no es esta nuestra ambición ni tampoco nuestra misión. Corresponde a las comunidades cristianas analizar la situación de su país, iluminarla a la luz del evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción”.

El pluralismo da miedo a muchos. Parece ser el lugar de lo poco seguro. El hecho de que haya otras opiniones, da a entender que las mías pudieran no ser las mejores y mis criterios y mis seguridades pueden tambalearse. Ante el prualismo una mentalidad inmadura se desorienta.

Sólo la persona madura puede vivir en la pluralidad. La gente madura sabe ver en cada acontecimiento y en cada persona las luces y las sombras. Para el niño, en cambio, sólo existe lo bueno y lo malo. No hay medias tintas. Ante una película, los niños preguntan solamente quiénes son los buenos y quiénes son los malos. Si estos dos grupos no están claros, no entienden la trama. Los fundamentalistas también dividen así la realidad. Tienen pánico de perder su identidad y, por tanto, marcan claramente dónde comienza lo mío y dónde lo del otro, donde comienza la verdad y dónde la mentira. Toda pedagogía que deje claro que yo no acabo en mí mismo, sino que para ser yo, necesito de los otros, que son diferentes, es una pedagogía eficaz y pacificadora. Yo no puedo existir solo. Los otros forman parte de mí mismo. Lo otro por principio no es malo. Es lo que me hace ser.

El pluralismo plantea una serie de exigencias. La primera es que quienes dirigen o coordinan cualquier institución tengan una visión amplia de las cosas, una visión pluridimensional, acogedora e integradora de las sanas divergencias; la segunda es que cualquier realización o propuesta se expone a ser criticada por aquellos que no la comprenden. La crítica constructiva es buena y necesaria para conservar la unidad, para el desarrollo y para el crecimuiento, es lo que yo llamamos “evaluación”. Lo que entorpece cualquier proyecto es la crítica negativa, que paraliza y destruye incluso los proyectos más nobles.

1. **La uniformidad**

Quienes tienen miedo al pluralismo, predican y reglamentan la uniformidad estática. La uniformidad da seguridad a los inseguros; muchos quieren mantenerla a cualquier precio y añoran una normativa minuciosa como existía antes en la vida de la Iglesia. Para ellos el ser conservadores no es sólo una actitud ideológica sino existencial. Ser conservador es mucho más fácil y más cómodo que ser progresista. Pero la uniformidad esteriliza la vida y despersonaliza a las personas. Pensar todos lo mismo, hacer todos lo mismo, además de ser una quimera irrealizable, es dañino para cualquier comunidad o institución. La uniformidad está opuesta a la presencia del Espíritu en la vida de la Iglesia y en la vida de cualquier comunidad eclesial.

Es famosa la frase de Pablo en su primera carta a los Corintios:

“Lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu” (1ª Cor. 12, 12-13).

Más diferencias de las que existían entre un judío y un griego, entre un esclavo y una persona libre, nunca existirán en una comunidad cristiana. En las comunidades primitivas, la diversidad de carismas y de ministerios, en vez de ser fuente de división, era fuente de madurez. La comunidad cristiana no anula la personalidad individual sino que favorece su desarrollo integral. En una comunidad cada uno tiene su idiosincrasia y sus cualidades que se deben promover y que cada uno debe poner a servicio de la comunidad sin complejos ni inhibiciones.

La unidad hay que construirla desde la diversidad no desde la uniformidad. La Iglesia ha comprendido esto, sobre todo a partir del Concilio Vaticano II. Antes se decía que la Iglesia era una sociedad de fieles, fundada por Jesucristo, que tenían la misma fe, celebraban los mismos sacramentos y obedecían a la misma autoridad. Esta sociedad tenía una forma piramidal, como si fuera un sistema escalonado. Con esta imagen no hay unidad más que cuando uno obedece y repite lo que dicen los de arriba.

El Concilio Vaticano II propuso otras imágenes para definir a la Iglesia. La Iglesia es pueblo de Dios y reflejo del misterio trinitario. La Iglesia es una familia. Que la Iglesia sea pueblo y familia de Dios, significa que todos los miembros tienen la misma dignidad y la misma importancia, que todos son iguales y corresponsables y que el hecho de ser cristiano es más importante que la organización. En este pueblo todos tienen un papel activo y personal. Todos participan con sus propias convicciones y responsabilidades. Todos escuchan a todos, y si es verdad que hay un padre en la familia que tiene la última palabra, esta palabra la pronuncia después de escuchar con mucha atención lo que dicen los otros. En la familia y en la comunidad, todos tienen el mismo espíritu, como ocurre también en la Iglesia y todos se entienden, se conocen, saben de los asuntos familiares y toman decisiones juntos. Las diferencias no son ataque ni una amenaza, sino una riqueza.

Todo edificio se construye con muchas piedras diferentes; sin embargo, cada una depende de la otra en un grado tal que si alguna se desplazara, todo el edificio sufriría; y si alguna fuese defectuosa, la estructura sería imperfecta.

Una llamada a la responsabilidad seria y consciente es siempre necesaria para los Eas, si queremos consolidar nuestra unidad en vistas al crecimiento. Recuerdo que una vez participé en una reunión de jóvenes redentoristas y laicos en Saint Louis, Missuri. En una charla les planteé esta pregunta. Quién es responsable de los éxitos y de los fracasos de nuestra Congregación? Al final quedó claro que solamente una responsabilidad compartida entre todos, nos aseguraría un futuro prometedor, que no fuera una mera sobrevivencia.

El diálogo sincero y franco, aunque a veces sea doloroso, es imprescindible para que ninguna piedra del edificio se desplace y para que podamos seguir construyendo hacia arriba. Sin este diálogo el desplazamiento de algunas comunidades será inevitable para perjucio de todos.

**2º. La unidad para el crecimiento.**

Esta es el tema general de nuestro encuentro internacional. “Unidos para crecer”. No debemos aceptar ninguna atenuante, que debilite esta frase. La unidad produce siempre crecimiento; la falta de unidad crea anquilosamiento.

La unidad se puede realizar a diferentes niveles. Tomando como punto de partida el trabajo, la unidad se realiza formando equipos; tomando como punto de partida la vida, la unidad se realiza formando familias y tomando como punto de partida nuestra fe, la unidad se realiza formando comunidades cristianas comprometidas. Pero la fe integra todas las dimensiones de nuestra vida en el proyecto de Jesús. La fe no es una parcela de la vida; es una manera de ser y de vivir. La comunidad Eas no es solamente comunidad de fe, es también comunidad de vida y punto de referencia para todos nuestros trabajos profesionales y sociales. Esta es la unidad más perfecta.

La unidad no nace por sí misma. Aunque es un don del Espíritu, hay que cuidarla y reconstruirla continuamente. Y se construye con esfuerzo, con tesón y con pasión. Ni en la Iglesia ni en los Eas hay sitio para la pasividad. Ser miembros pasivos de la Iglesia significa no ser Iglesia, lo mismo que ser miembros pasivos de los Eas, significa no ser Eas. Para ser Eas, hay que serlo “apasionadamente”. El ambiente actual de secularismo no nos ayuda a vivir el evangelio apasionadamente. Lo único que puede atraer de nuevo a tanta gente desorientada y lejana de la Iglesia es la pasión. Los Eas tienen que caminar contra corriente.

La unidad nace de la acogida real que damos en nuestras comunidades al Espíritu. El futuro de nuestras comunidades Eas depende más de nuestra docilidad al Espíritu que de nuestra cualidades o de nuestras técnicas humanas. De nuestra docilidad al Espíritu depende que nuestras iniciativas personales y comunitarias puedan inventar otras iniciativas más audaces y nuevas.

La audacia no es una actitud muy frecuente, es más bien algo raro que desestabiliza a la persona y a la comunidad. Nos sentimos más cómodos con la monotonía que con la audacia. Si la audacia es difícil a nivel personal, es mucho más difícil a nivel de comunidad. Es más fácil encontrar una persona audaz que una comunidad audaz. Pero una comunidad audaz es un tesoro; de ella nacen nuevas ilusiones y nuevas utopías para el futuro.

Durante el tiempo de la apartheid en Africa del Sur los redentoristas supieron denunciar las injusticias contra los negros. Un profesor nuestro habló muy duramente contra el gobierno racista de los blancos en una de sus clases. Naturalmente la policía lo supo enseguida y aquella misma tarde se corrió la voz de que durante la noche vendrían los militares a nuestra casa para llevarse al padre a la cárcel. Los estudiantes decidieron pasar toda la noche en la capilla; hacia las tres de la madrugada dos militares entraron en casa. El que les recibió abrió la puerta de la capilla y allí encontraron al padre y a unos 20 jóvenes rezando. El padre y dos estudiantes fueron encarcelados sin oponer ninguna resistencia. Aquel ejemplo sacudió la opinión pública de todo el país. La oración es fuente de audacia.

San Agustín decía: “Unidad en lo esencial”: Los EAS tienen algunas exigencias, que son esenciales en todas las culturas porque están basadas en lo que es y será siempre esencial en el Evangelio y en la vida de la Iglesia. En estas exigencias hay que ser siempre más audaces. Yo las resumuría en tres:

1. **Ser comunidad**
2. **La amistad y el amor para siempre**
3. **La espiritualidad compartida**

1. **Ser comunidad**

El Papa proponía para este nuevo milenio hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión. Y dice:

“Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. (Novo millenio ineunte, n. 43)

Nuestra audacia tiene que ser comunitaria. El seguimiento de Cristo implica necesariamente la incorporación a la comunidad de sus seguidores. Para todo cristiano, no es posible seguir a Cristo individualmente, privadamente, por libre. No es posible seguirle al margen de la comunidad. Los textos evangélicos sobre el seguimiento llevan a una conclusión: seguir a Jesús significa incorporarse a una nueva comunidad, el nuevo Israel, el nuevo pueblo de Dios. El “ven y sígueme” de Jesucristo hay que traducirlo con estas otras palabras “ven y síguenos”.

La pasión y muerte de Jesús constituye un duro golpe para la comunidad de los primeros seguidores. Pero a la dispersión de la cruz responde la convocación del Resucitado (Lc 24, 33-35). Esta es la nueva comunidad pascual, la Iglesia, que nace en el momento de la Resurrección, no después. La Iglesia ha sido fundada en la resurrección de Cristo, no más tarde. Cuando Jesús resucita, renace él mismo, el Unigénito del Padre renace como Primogénito de una muchedumbre inmensa, se multiplica y se transforma en Iglesia, como un grano de trigo que, al morir, produce mucho fruto. “Sepultados con Él en el bautismo, con él también habéis resucitado por la fe en la acción de Dios, que le resucitó de entre los muertos” (Col. 2, 12). La Iglesia nace resucitada. La resurrección, que parecería ser el final de la vida de Cristo y el final de la vida de la Iglesia, es el comienzo de todo. Cristo resucitado es alfa y omega de la Iglesia. La presencia del Resucitado en el mundo se llama “Iglesia”.

La palabra “comunidad” es imprecisa y demasiado genérica. La palabra que nos ayuda a comprendernos mejor es la palabra “comunión”. La Iglesia de Jesucristo no es una agrupación de individuos. Agrupar individuos es fácil, crear comunión es muy difícil. La comunión nace de un mismo ideal y de un mismo proyecto de vida que implica un compartir permanente y un movimiento de encuentro mutuo, una dinámica de confrontación, de participación. Para lograr una comunión adulta, se debe poner de relieve claramente y sin equívocos la fuerza de nuestro proyecto común: el seguimiento de Cristo, infinitamente más importante para cada hombre, que otros niveles de su integración social.

Para llegar a ser “comunión” necesitamos algunas instituciones o estructuras concretas. La función de las instituciones es dar vida a los ideales. No han sido las instituciones las que han creado el ideal o el carisma; fue el carisma quien creó sus propias instituciones para consolidarse y para continuar extendiéndose. Los Eas no comenzaron redactando un Ideario. Comenzaron viviendo un ideal, que posteriormente se plasmó en un Ideario. Es imposible que exista un ideal comunitario sin instituciones, aunque sean pocas, pero la prioridad la tiene siempre el ideal o el carisma. Él es quien crea las instituciones que necesita hoy. El carisma, que sigue siendo obra del Espíritu, tiene que seguir produciendo sus propias instituciones. Las instituciones cambian cuando el carisma se incultura en situaciones históricas diversas. Sin un mínimo de organización y de instituciones, los ideales se difuminam por muy altos que sean. La unidad necesita alguna institución para que no se desintegre. Las estructuras de comunión son imprescindibles para vivir lo esencial y para crecer juntos.

Sobre la comunidad gustaría acentuar algunos aspectos.

■ Las comunidades EAS son comunidades fraternas porque el espacio donde podemos encontrar a Dios es la realidad humana: la nuestra y la de los demás. Nuestra vida fraterna es uno de los signos más proféticos que necesita la sociedad. Nuestra manera de evangelizar el mundo y de anunciar el evangelio es formar una fraternidad. La fraternidad es ya proclamación profética del Evangelio. Y esta proclamación es más necesaria hoy que hace cuarenta años cuando nacieron nuestras comunidades. En nuestro mundo marcado por el individualismo, el compartir toda la vida se convierte en un signo profético y en un testimonio evangelizador de primera necesidad. Los EAS queremos ser fermento de fraternidad, viviendo nosotros mismos este valor y tratando de contagiarlo. El futuro de los Eas no depende solamente de la itinerancia en vistas a formar nuevas comunidades; depende también de nuestra capacidad de contagio. En una sociedad evangélicamente fria sólo se contagian los ideales vividos con radicalidad y no de manera mediocre. Una comunidad mediocre es la que avanza en su espiritualidad pero no lo suficiente; la que se abre a la misión propia, pero no llega hasta el final, la que trata de crear fraternidad entre sus miembros, pero sin comprometerse demasiado. Una comunidad mediocre no contagia nada a nadie.

El mismo ocio compartido ayuda a crear este rostro y es signo de espiritualidad comunitaria.

■ Las comunidades EAS, lo mismo que la comunidad eclesial no suprime la libertad de cada uno de nosotros, sino que la crea. La libertad nos define como personas humanas. La persona no sólo tiene libertad sino que es libertad. No somos libres porque podemos hacer lo que queremos, sino porque podemos querer lo que hacemos. Gracias a la libertad podemos ser autores de nuestra propia vida. La libertad no es algo que tenemos, sino todo lo que somos. La libertad solamente se realiza tomando decisiones; soy libre cuando me comprometo. Si no soy capaz de tomar decisiones y decisiones para toda la vida, no soy libre. Pero para ser libre en mis decisiones tengo que contar siempre con Dios y con los otros. No existe libertad al margen de Dios y al margen de la sociedad.

La libertad cristiana está siempre a servicio del amor y en las cartas de San Pablo se presenta como sinónimo de la caridad:

“Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servios por amor los unos a los otros. Pues toda ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gal. 5, 13-14).

Esto es más importante que multiplicar normas y estatutos. Como decía San Juan de la Cruz: Sobre la cima del monte, no existen carreteras, porque para el justo no existe la ley. Lo que está escrito en la ley lo observa por amor.

■ En nuestras comunidades nos integramos a pesar de las debilidades. Frente a la galopante globalización y estandarización de signos y comportamientos, la integración se está convirtiendo en una alternativa necesaria de vida. Hoy lo que tenemos que hacer es globalizar la integración. Este es el único camino para estabilizar la convivencia.

Cada uno, principalmente, debe tomarse el trabajo de su integración en la comunidad. Si no existe un movimiento de la persona hacia la comunidad, difícilmente existirá una interacción comunitaria. Frante al individualismo, que pretende afirmar al individuo enfrentado a la comunidad, nosotros creemos que la persona sólo se realiza en comunidad. El individualismo suscita a veces un excesivo afán de protagonismo al margen de la comunidad. Hoy, a causa de este individualismo muchos proyectos comunitarios de la Iglesia no llegan a realizarse o se realizan deficientemente. A veces una persona se adueña de un proyecto de toda la comunidad.

Por otra parte, para llegar a ser expertos en “integración”, hay que ser expertos en debilidad. Lo negativo se encuentra dentro de nosotros, está enraizado en nuestra vida y en nuestra historia personal y, por consiguiente, constituye una parte inevitable de nuestra manera de relacionarnos. Cada uno aporta a la comunidad su “porción de debilidad” y de pecado. Una comunidad de hermanas y hermanos es un lugar en el que inevitablemente, estamos llamados a aceptar la experiencia cotidiana de nuestra fragilidad, de nuestra condición de personas, que están en camino. Todas las comunidades tienen y tendrán sus debilidades, que aceptamos y acogemos. Pero esta aceptación no significa resignación. La resignación también nos paraliza. La debilidad es un estímulo para nuestro crecimiento y para nuestra conversión.

La comunidad Eas tiene que ocupar un lugar alto en mi escala de valores. No es que sea el único valor en mi vida, pero sì tiene que ser un valor importante, que me desafía a darle el tiempo necesario para que su vida progrese y se desarrolle.

**La amistad y el amor para siempre** La libertad cristiana está siempre a servicio del amor y en las cartas de San Pablo se presenta como sinónimo de la caridad:

“Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servios por amor los unos a los otros. Pues toda ley alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gal. 5, 13-14).

Esto es más importante que multiplicar normas y estatutos. Como decía San Juan de la Cruz: Sobre la cima del monte, no existen carreteras, porque para el justo no existe la ley. Lo que está escrito en la ley lo observa por amor.

■ En nuestras comunidades nos integramos a pesar de las debilidades. Frente a la galopante globalización y estandarización de signos y comportamientos, la integración se está convirtiendo en una alternativa necesaria de vida. Hoy lo que tenemos que hacer es globalizar la integración. Este es el único camino para estabilizar la convivencia.

Cada uno, principalmente, debe tomarse el trabajo de su integración en la comunidad. Si no existe un movimiento de la persona hacia la comunidad, difícilmente existirá una interacción comunitaria. Frante al individualismo, que pretende afirmar al individuo enfrentado a la comunidad, nosotros creemos que la persona sólo se realiza en comunidad. El individualismo suscita a veces un excesivo afán de protagonismo al margen de la comunidad. Hoy, a causa de este individualismo muchos proyectos comunitarios de la Iglesia no llegan a realizarse o se realizan deficientemente. A veces una persona se adueña de un proyecto de toda la comunidad.

Por otra parte, para llegar a ser expertos en “integración”, hay que ser expertos en debilidad. Lo negativo se encuentra dentro de nosotros, está enraizado en nuestra vida y en nuestra historia personal y, por consiguiente, constituye una parte inevitable de nuestra manera de relacionarnos. Cada uno aporta a la comunidad su “porción de debilidad” y de pecado. Una comunidad de hermanas y hermanos es un lugar en el que inevitablemente, estamos llamados a aceptar la experiencia cotidiana de nuestra fragilidad, de nuestra condición de personas, que están en camino. Todas las comunidades tienen y tendrán sus debilidades, que aceptamos y acogemos. Pero esta aceptación no significa resignación. La resignación también nos paraliza. La debilidad es un estímulo para nuestro crecimiento y para nuestra conversión.

La comunidad Eas tiene que ocupar un lugar alto en mi escala de valores. No es que sea el único valor en mi vida, pero sì tiene que ser un valor importante, que me desafía a darle el tiempo necesario para que su vida progrese y se desarrolle.

1. **La amistad y el amor para siempre**

Éste es otro de los cimientos sobre los cuales se construyen nuestras comunidadeds. La amistad es un amor recíproco entre personas. Los dos elementos son importantes: el amor y la reciprocidad: el amor, con toda la riqueza sicológica y teologal que contiene esta palabra, y la reciprocidad que es una relación interpersonal mutua. Lo que añade la amistad al amor es precisamente la reciprocidad: el eco y la respuesta en el mismo amor.

La amistad es una realidad sagrada y tiene un carácter inviolable. El amor implica eternidad. Los amigos tienen la impresión de haberse amado desde siempre y la seguridad de amarse para siempre. Gabriel Marcel pone en boca de uno de sus personajes esta afirmación: “amar a un ser es decirle: tú no morirás”. En este amor se da una cierta experiencia de inmortalidad. Resulta imposible que el verdadero amigo muera de verdad y desaparezca del todo.

La confianza recíproca es el contenido específico de la verdadera amistad. La confianza es sinceridad total, transparencia mutua, respeto sagrado, fidelidad incondicional, ausencia de doblez y hasta reverencia por el otro. Todas estas actitudes solamente nacen del amor y de la amistad. Si las perdemos, destruimos algo esencial, algo que forma parte del núcleo de nuestras comunidades Eas.

Los amigos están y viven siempre unidos, pero no pretenden estar siempre juntos. Valoran inmensamente los encuentros, la comunicación profunda y sin secretos, pero no absolutizan nada de eso, ni lo echan de menos angustiosamente. La verdadera comunión es ininterrumpida. Hay una Persona viva que les une siempre por dentro. El amigo ama por amor y acoge este don como don de Dios, como un regalo sorprendente que le deja sorprendido.

El amor, cuando es vida, se difunde por sí mismo. La amistad no se cierra en ella misma; nos ayuda a estar presentes en nuestro mundo, pero de otra manera. El amor vivido y experimentado en comunidad nos ayuda a ser más solidarios con los otros, con los hombres y mujeres de hoy, sobre todo con los débiles y pobres. La solidaridad es también una cultura nueva que se va desarrollando a niveles nacionales e internacionales. Nunca he visto tantos gestos de solidaridad como el día 11 de marzo. Solidaridad significa cercanía y compromiso. El mejor modelo de solidaridad es el misterio de la redención, que celebramos durante esta semana. Cristo se hace tan cercano que se encarna como hombre; mayor cercanía era imposible. Y Cristo se compromete tanto con nosotros que llega a ser condenado a muerte; un compromiso mayor es imposible de imaginar. Esta nueva cultura de la solidaridad, asumida desde la fe, nos abre horizontes grandiosos para nuestras comunidades Eas. Los proyectos sociales, por ejemplo, realizados en comunidad, son una expansión de nuestro amor y de nuestra amistad solidaria y nos ayudan a hacer nuestra la opción de la Iglesia por los pobres en un mundo que engendra siempre mayor pobreza y mayores injusticias.

1. **La espiritualidad compartida**

En las comunidades Eas se vive una espiritualidad comunitaria, compartida. La espiritualidad es como un prisma con el cual debemos enfocar todas las dimensiones de nuestra vida, de nuestra familia, de nuestra comunidad, de nuestras relaciones sociales, de nuestro trabajo, etc.

Este prisma espiritual es particularmente necesario ante el desafío de la secularización. La secularización no es una fuerza enemiga del mensaje cristiano; sino una nueva llamada a reinterpretar nuestra espiritualidad. La secularización actual es una nueva oportunidad para profundizar en nuestra común experiencia de Dios, como algo que da sabor a toda nuestra vida.

Antes se llamaba “segura” a una persona o comunidad minuciosamente configurada con unas normas estables. Hoy una persona y una comunidad segura es la que vive a la escucha del Espíritu que se muestra a quien lo busca y que nos hace pasar del espiritualismo a la espiritualidad compartida. La espiritualidad es en sí misma un hecho comunitario, lo más comunitario que tenemos. Una espiritualidad no “compartida”, queda reducida fácilmente a un mero espiritualismo. El fruto de esta espiritualidad comunitaria es la plena adhesión al ideal de los Eas, fruto del Espíritu, que se comunica a cada uno para el bien de la familia Eas.

El encuentro semanal o mensual es el lugar de la comunicación del Espíritu, que nos lleva compartir lo que es vital y no sólo los temas y problemas marginales, los sentimientos y no sólo las ideas. Al Espíritu se le llama en el Nuevo testamento la “fuerza de Dios” (2 Cor 13, 4), el “poder del Altísimo” (Lc. 1, 35). Y San Pablo nos asegura que viviremos en Cristo por la fuerza de Dios (2 Cor. 13, 4), que es su Espíritu. El encuentro debe ser hecho “a la luz del Espíritu”, al aire del Espíritu.

Este encuentro en la fuerza del Espíritu crea la relación y la interrelación, la relación con Dios y la relación interpersonal. La relación constituye el ámbito en el cual nace y se desarrolla la espiritualidad. La relación espiritual debe tocar el meollo de la persona. El Espíritu da espacio a la imaginación, sin despreciar la complejidad de las relaciones y de la organización de la vida.

La espiritualidad tiene un sitio en la realidad de cada día y de cada uno, no quiere ser una separación de la vida ordinaria, sino un signo de integración entre la religión y la vida, entre la reflexión y la acción. La comunicación de la fe y desde la fe es fuente de comunión y de fraternidad. No se puede comunicar el espíritu sin estar en sintonía con los hermanos. El Espíritu crea comunión y unidad.

Hay poca gente que ame el riesgo por el riesgo; ser arriesgados compromete mucho. Además siempre queda la duda de si acertaré o me equivocaré. La espiritualidad compartida nos ayuda a arriesgarnos juntos, con la seguridad de que escuchando al Espíritu, nunca nos equivocamos. Lo que no queremos es estancarnos, ni echar raíces excesivamente sólidas, ni resignarse a ser siempre lo que somos ahora. Resistirse al cambio es luchar contra molinos de viento, perder la batalla del presente y apearse de un mundo que no está dispuesto a dejar de girar. Consagrase a Dios no es huir ni escapar, sino situarse en el lugar más estratégico para impactar.

La espiritualidad, lo mismo que la fe, es una manera y un estilo de ser y de vivir, una manera de relacionarnos con Dios y con los hombres y mujeres de nuestro mundo; no sólo una manera de rezar. La espiritualidad es una manera de trabajar profesionalmente, de formar una familia y de ser activos en la vida apostólica de la Iglesia. Esto sólo se logra “compartiendo” nuestra espiritualidad. Espiritualidad es una forma de confrontarnos con las situaciones sociales y éticas de nuestro tiempo, una forma de usar nuestro tiempo, nuestras cualidades, nuestro dinero. Una personal es espiritual y no sólo tiene una espiritualidad. Y esta persona es espiritual en sus comportamientos privados y en sus comportamientos sociales. La dicotomía entre lo “privado” y lo “social” ha sido siempre escandalosa y destructiva para la Iglesia.

En la vida espiritual no pueden existir esferas muertas, lo mismo que en nuestro cuerpo no existen miembros muertos. Todo es espiritual, hasta lo más íntimo: el control de nosotros mismos, el mundo de nuestros deseos, apetitos, tendencias y aspiraciones, nuestra personalidad, que debe ser constantemente sanada, a causa de muchas heridas que nos vienen incluso del exterior. Todo se va haciendo espiritual en la medida en que nos comprometemos a seguir apasionadamente a Cristo, a seducirle y a dejarnos seducir por Él, como sucede en todo enamoramiento real.

De la espiritualidad nace la eficacia de nuestro testimonio y de nuestro profetismo cristiano. La espiritualidad no es una parcela de nuestra vida; no es una estrategia puntual para ser mejores ante Dios y ante nuestra conciencia. La espiritualidad es una estrategia de globalidad, que define nuestro ser en el mundo. Por eso la llamamos “vida espiritual”. Y esta vida nace en el momento en que Cristo muere y resucita por el poder del Espíritu. La Pascua del Señor es también nuestra propia pascua. Para nosotros la resurrección no es un misterio para el futuro, es una realidad para el presente. La Pascua de Cristo es nuestra Pascua. La resurrección nos impulsa a entrar en comunión de muerte y resurrección con Él, que por nosotros murió y resucitó.

Vida espiritual es una vida según el Espíritu. El Espíritu es siempre la raíz última de la espiritualidad. La espiritualidad es fruto de la acción del Espíritu que impregna toda nuestra vida. El ideario refleja aquella experiencia del Espíritu que inspiró al Padre Hortelano la opción por un determinado estilo de vida.

La espiritualidad se realiza en el campo de trabajo y del descanso, en medio de los problemas sociales que encontramos a diario, en la soledad, en la oración y en el compartir nuestra vida diaria con los hermanos en la comunidad. La calidad de nuestra comunidad es un criterio seguro para medir la autenticidad de nuestra espiritualidad y la espiritualidad es también un criterio seguro para medir la autenticidad de nuestra comunidad.

**Conclusión**

Para muchos cristianos el rostro de Cristo es confuso y lejano; no es un rostro atractivo porque no tiene imagen, como la tienen los rostros de los cantantes y actores de cine. Vivimos en el mundo de la imagen. Nadie se preocupa de seducir a una persona que tiene siempre su rostro cubierto con un velo y nadie se deja seducir por un muerto de hace 20 siglos. Este personaje, que se llama Cristo, lo tiene muy difícil en nuestro mundo. Y, sin embargo, sigue siendo la persona, por la cual hay gente que está dispuesta a vivir y a morir.

Nosotros creemos, porque Él lo dijo, que Cristo está vivo y que en el mundo existe su Espíritu; los hombres siempre hemos amado el mundo misterioso de los espíritus, buenos y malos. Su espíritu es un espíritu bueno, el mejor de los espíritus, que se identifica con Él y que a nosotros nos trasforma en personas espirituales. Queremos seguir sus huellas, aunque nos haga caminar por barrancos y precipicios. Nuestra vida espiritual consiste en “caminar en el Espíritu” dentro del mundo de hoy, sin escaparnos de él, como sucede muchas veces en las espiritualidades orientales y sin añoranzas del pasado como sucede en los grupos integristas.

El fundó su Iglesia: una familia que ha tenido sus altos y sus bajos, tiempos de prosperidad y esplendor y tiempos de decadencia. Cuando la anunció, Cristo dijo que su reino sería pequeño, como un  poquito de levadura, que basta para hacer fermentar una masa enorme, que su reino y Él mismo serían signo de contradicción. Es lo que nosotros queremos: ser levadura y signo de contradicción para el mundo del siglo XXI.